

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXVIII

LUCHA POR UN MÉXICO IMPERECEDERO

Al volver a enfundar su espada, Díaz vendió su hacienda, La Noria, y compró una plantación de azúcar cerca de Tlacotalpan, en las ricas tierras costeras del estado de Veracruz. Allí el general, en su vestimenta de algodón azul y sombrero de agricultor común, vivía en una modesta casa de un piso y trabajaba entre su caña de azúcar del amanecer al anochecer.

Había visitado la capital y su nombre fue pronunciado a voz en cuello por sus amigos, mientras le llovían honores provenientes de muchos estados. Pero su mente retrocedió ante el clamor de la política. El país necesitaba paz para sanar sus heridas y recuperar fuerzas. Tal vez el presidente Lerdo podría satisfacer las necesidades de la nación, restablecer el orden, reactivar el crédito y hacer que la mente del pueblo mexicano se apartara de la política y la lucha.

En su solitaria plantación, muy alejado de los escenarios de sus victorias y sufrimientos, el máximo soldado de México trabajaba arduamente para vivir; de su boca no salió una sola palabra de queja. Había sacrificado todo por su causa. Ahora estaba contento de ganarse el pan

con el sudor de su frente y disfrutar la dignidad de una labor pacífica, lejos del revuelo de la agitación política.

El día que murió Juárez había menos de \$2 000 en el erario nacional, le adeudaban el salario a gran parte del ejército y algunos de los empleados del gobierno llevaban un año y medio sin recibir su sueldo. La actitud que mostraba el presidente de recelo y hostilidad hacia otros países había privado a México del capital extranjero. Con escaso crédito en los mercados de dinero del mundo y con los recursos internos del país casi agotados, el pueblo mexicano carecía de medios para desarrollar la inmensa riqueza natural de sus estados.

Sin embargo, el presidente Lerdo inició su mandato con todo a su favor: su prestigio como principal ministro de Juárez, su gran reputación como hombre de intelecto y conocimientos, la paz que continuó tras el retiro de Díaz. Éstas y otras condiciones favorecían al éxito de su administración. Pero su mente era de abogado y político, de modo que las teorías legislativas y las sutilezas de las combinaciones partidistas lo absorbían demasiado como para constituirse en un gobernante constructivo y progresista.

El poderoso bandido Lozada, quien durante quince años había mantenido su hegemonía criminal en las montañas de Tepic, y quien por motivos políticos en el pasado tuvo la protección de Lerdo, ofreció someterse al presidente. Más tarde, cuando sus jefes se rebelaron contra su plan de paz, Lozada intentó derrocar al gobierno nacional. Rápidamente reunió una poderosa fuerza de indígenas, hizo público un “plan” el 17 de enero de 1873, donde llamaba a la nación a hacerse valer y envió una expedición de 2 000 hombres sobre Zacatecas, otros 3 000 sobre Sinaloa y con una fuerza de más de 7 000 hombres que él encabezó, marchó sobre Guadalajara. Estas expediciones fueron derrotadas rápidamente. Lozada huyó a las montañas de Alica, donde lo rodearon, capturaron y ejecutaron en las afueras de Tepic. Hay que reconocerle a Lerdo que este terrible enemigo de la sociedad fuese eliminado durante su administración.

En septiembre de 1873, Lerdo también logró la incorporación de las famosas Leyes de Reforma a la Constitución y reinstaló el Senado.

El primer ferrocarril en México, que corría de la ciudad de México a Veracruz, se inauguró el 1 de enero de 1873.

Se habían abrigado grandes esperanzas con base en el carácter y las capacidades de Lerdo, pero su política obstinada, anticuada y restrictiva en materia de relaciones exteriores y su actitud obtusa e inmutable hacia la explotación de los recursos materiales del interior no llenaron las aspiraciones existentes en el país de lograr un progreso sustancial.

Por un tiempo los antiguos partidarios de Juárez se unieron con Lerdo en una oposición celosa hacia los amigos de Díaz. Esto acrecentó temporalmente la fuerza del presidente. Sin embargo, en distintas partes de la república pronto empezaron a aparecer señales de insatisfacción pública. El pueblo estaba inquieto. Con la paz habían mejorado las condiciones de los negocios, pero el gobierno estaba paralizado, había una corrupción desenfrenada y todo se sacrificaba en el juego presidencial de la política partidista. Se pedía a gritos la reaparición de Díaz. En el Congreso existía una implacable censura y oposición a Lerdo, quien se negaba a oír o ver.

Millones de dólares estadounidenses aguardaban para conectar el rico suelo de México con los Estados Unidos por medio del ferrocarril, con lo cual las corrientes vigorizantes del comercio podrían fluir a los terrenos en decadencia de la industria mexicana. Pero Lerdo era esclavo del pasado, estaba cegado y embotado por sus pasiones y prejuicios. Su respuesta a todos los esfuerzos por iniciar la regeneración financiera y comercial de su país con la apertura directa de la conexión ferroviaria entre las dos repúblicas fue el epigrama que reflejaba cobardía y desesperación: “Entre el débil y el fuerte, el desierto.” Y el gran desierto de tierras áridas y cactus que separaba a México de sus mercados naturales en el norte se mantuvo en toda su impenetrabilidad salvaje, mientras que el comercio y la industria mexicanos, ávidos de capital y métodos progresistas, permanecían aislados del vigor y el empuje de los Estados Unidos.

En su lejana plantación Díaz observaba a Lerdo con la espada enfundada. El llamado a sus servicios en la capital se volvió tan fuerte que en 1874 lo nominaron candidato a diputado en el Congreso. Con gran

alarma, el gobernador de Veracruz notificó a Lerdo que él no sería responsable del resultado de la elección, ya que el general era tan popular en su distrito que sería imposible derrotarlo mediante algún método. Al darse cuenta del significado que para su administración tendría el reingreso de Díaz en la política, el presidente ordenó al gobernador que no permitiera que se celebrara la elección. El gobernador intentó con un ardid forzar una elección repentina para que los amigos del general no tuvieran tiempo de depositar sus votos, pero a pesar de esto Díaz fue elegido por una abrumadora mayoría.

Cuando Díaz llegó a la capital, organizó a un grupo poderoso en el Congreso. Muchas veces cuestionó al gobierno y en varias ocasiones lo derrotó en la Cámara.

Finalmente, Lerdo trató de salvar su administración deshaciéndose del agresivo líder de la oposición. Tomó la decisión de perpetuarse en el poder y comprendió la importancia de que Díaz estuviera fuera del país durante la siguiente campaña presidencial. El general exponía en forma despiadada la debilidad y la pobreza de sus políticas.

El presidente envió a un amigo mutuo para ofrecerle a Díaz el puesto de embajador en Berlín. “No soy diplomático —respondió Díaz— ni me atrevería a servir a mi país como tal. Según entiendo, el presidente Lerdo me ofrece este honor como un favor. Dígale que sólo acepto favores de mis amigos.”

Incluso el astuto Lerdo había olvidado que no era posible apartar de su deber con un soborno al soldado cuya fuerza había mantenido la república en sus días de mayor desesperación.

El país, aún sumido en la miseria y la pobreza, iba camino a los desórdenes. A principios de 1875 el general Rocha, el gran soldado de la administración Juárez, intentó rebelarse contra Lerdo, tratando de arrastrar con él a la guarnición de la ciudad de México a la cual había sacado de la capital para realizar ejercicios tácticos. Sus subalternos no lo secundaron, el Ministro de Guerra lo arrestó personalmente y lo retuvo en la ciudad de Celaya, de donde huyó al extranjero. En Jalisco hubo un conflicto armado al interior del estado y el general Ceballos tuvo que asumir el mando político del estado para restablecer el orden.

En lugar de abrir los recursos de prosperidad, Lerdo se ocupó en la política de partido. Las malas condiciones empeoraron. A Lerdo lo criticaban en todas partes. De todas formas el presidente tramaba quedarse en el cargo. Igual que Juárez, dependía de la fuerza abstracta de las leyes. Excitado por la teoría de que la postulación de los principios democráticos puede salvar a todos los pueblos en todas las condiciones y en todos los tiempos, pasó por alto el hecho de que las instituciones políticas son poderosas sólo en la medida que expresan los instintos y capacidades del pueblo al que se aplican, y que el gobierno es acción, no teoría.

Al tiempo que a Lerdo lo criticaban en todas partes, crecía la popularidad del liderazgo de Díaz. Las demostraciones a su favor eran constantes en la prensa, el Congreso y los clubes. El gobierno intentó detener el movimiento, el cual se estaba volviendo nacional y cada día más poderoso, pero la fuerza política que respaldaba a Díaz tenía el carácter de oleada.

No cabía la menor duda de que en este momento las cosas estaban tan mal, si no peor, que cuando Díaz renunció al gobierno de Juárez cuatro años antes. La justicia se prostituía en todas partes con la política. Las elecciones fueron una farsa; no tomaron en cuenta la Constitución. La instrucción pública quedó casi en el abandono. El presidente se preparaba abiertamente para mantenerse por todos los medios en el poder, por las buenas o por las malas. Mientras permaneció en su cargo, México se mantuvo aislado del resto del mundo, abatido, sin esperanzas. Tales condiciones significaban una clara vuelta a la guerra civil.

De buenas a primeras, el 1 de enero de 1876, el general Hernández emitió en la pequeña población de Tuxtepec, al norte del estado de Oaxaca, un “plan”, donde denunciaba las corrupciones y tiranías del gobierno de Lerdo y proclamaba una revolución armada. Con 2 000 hombres marchó a la ciudad de Oaxaca, se hizo cargo del gobierno del estado y proclamó al general Díaz comandante en jefe del ejército de reorganización.

El país completo entró en un tumultuoso entusiasmo y en muchos estados se apoyaba el Plan de Tuxtepec. No se trataba de una revolución

militar, ya que sus líderes se vieron forzados a reunir hombres para luchar. México estaba cansado del estancamiento y la política inútil, y presto a romper con su pasado discordante, desmesurado. Otro poco de derramamiento de sangre y sería el último. Con Oaxaca en manos del general Hernández, la revolución se extendió a Puebla, Veracruz, Guerrero, Nuevo León, Jalisco y Yucatán.

Incluso el general Ignacio Mejía, Ministro de Guerra, empezó a formar un partido para su provecho y el ejército comenzó a desmoralizarse, pero Lerdo le quitó el mando y lo sustituyó con el general Escobedo.

Cuando el grito de guerra resonó en todo el país, Díaz apareció de improviso en el norte. El 5 de diciembre de 1876 había zarpado de Veracruz en compañía del general González, otrora su enemigo y ahora leal amigo y seguidor. De paso por los Estados Unidos llegó a la frontera norte de México y mediante cartas y telegramas organizó desde Texas la revolución en los estados norteros, teniendo su cuartel general en Brownsville.

Ante una petición desesperada de Lerdo, el gobierno de los Estados Unidos ordenó a su comandante en Ringold Barracks, en el Río Bravo, que sofocara cualquier intento de una invasión armada de México que partiera del lado estadounidense. Esta orden estaba enfocada a Díaz, quien se alistaba para irrumpir en su propio país.

El oficial estadounidense invitó al comandante mexicano del otro lado del río para que fuera a cenar con él y así poder explicarle sus instrucciones para reprimir la expedición de Díaz. Pero en la cena recibieron la noticia de que Díaz había cruzado el Río Bravo con un puñado de voluntarios mexicanos y capturado una pequeña ciudad. Una vez más su rapidez y audacia inteligente salvaron su causa. Los cuarenta hombres con los que a toda prisa atravesó la frontera aumentaron rápido.

En Palo Blanco, una hacienda cercana a Matamoros, agregó un programa constructivo al Plan de Tuxtepec, en el cual, entre otras cosas, prometía que reconocerían a todos los gobiernos estatales que se adhieran a los planes de la revolución; reiteraba la Constitución de 1857, las Leyes de Reforma de 1873 y la legislación de diciembre de 1874; prometía el mantenimiento riguroso de la norma legal que prohibía la reelección de presidentes o gobernadores; disponía la elección de un

nuevo gobierno nacional en un plazo de dos meses después de que el ejército revolucionario tomara la capital.

El contraste entre las denuncias generales en el Plan de Tuxtepec y esta enmienda sencilla, escueta y definitiva, que era por completo obra de la pluma de Díaz, muestra la diferencia existente entre él y la mayoría de los hombres relacionados con la revuelta. Su mente encauzó todo por los canales prácticos y hacia fines claramente definidos, razonables y viables. No había una sola palabra desperdiciada.

El general envió entonces a un hacendado a la ciudad de Matamoros para que dijera al comandante de las fuerzas del gobierno que debía rendirse de inmediato. ¡Qué bien entendía Díaz a sus impulsivos compatriotas! No bien el comandante había recibido el audaz mensaje cuando, en un ataque de cólera, mandó a toda su caballería a hacer trizas a los revolucionarios.

En previsión de esta respuesta apasionada, Díaz hizo un rápido desvío y en ausencia de la caballería del gobierno arrebató Matamoros a la infantería y la artillería que quedaron allí, capturando 700 prisioneros y muchos cañones.

Antes de iniciar el ataque a Matamoros el 2 de abril, algunos oficiales del general le recordaron que era el aniversario del asalto a Puebla nueve años antes y propusieron celebrar un banquete en su honor. Era ya avanzada la noche cuando se enteró del hecho. “Si vamos a festejar, que sea en la ciudad de Matamoros”, dijo, y a la medianoche dio la señal para tomarla por asalto.

Unas semanas después Díaz salió de Matamoros con la intención de atacar la ciudad de Saltillo. La osadía del general puede juzgarse por el hecho de que al tratar de iniciar esta audaz operación sólo lo acompañaban 700 reclutas mal armados e inexpertos. En Icamole lo atacó con artillería el general Fuero, al mando de más de 1 000 efectivos del gobierno. Al inicio de la acción Fuero llevó su línea de escaramuza demasiado lejos, con lo cual Díaz ordenó a la fuerza insurgente del general Naranjo, ocultos detrás de un cerro, que diera media vuelta, y con esta maniobra capturaron a todo el cuerpo de tiradores de primera. Sucedió pues que, aunque Díaz tuvo que retroceder, abandonó el campo con prisioneros.

Los enemigos de Díaz dicen que después de esta lucha desastrosa, lloró en el campo. Quienes lo acompañaban lo negaron. Además, esto se aleja por completo de su carácter y del valor férreo que mostró en las emocionantes aventuras que siguieron.

Espabilado por los rápidos movimientos de Díaz en el norte, el presidente Lerdo envió al general Escobedo en su contra con un ejército numeroso. Al disponer sólo de 700 reclutas con los cuales enfrentarse a los miles de tropas muy bien entrenadas y equipadas que avanzaban a las órdenes del general Escobedo, Díaz comprendió al instante que su lugar estaba en el sur, donde aumentaban sus seguidores. Dejó al general González (más tarde Presidente) y al general Hinojosa (después Ministro de Guerra) la encomienda de atacar y hostigar a la fuerza de Escobedo, y regresó de prisa a los Estados Unidos y se puso en camino a su estado natal, para encabezar a sus seguidores en una campaña contra la capital nacional.

La historia de esa travesía llena de incidentes es uno de los capítulos más emocionantes en la vida del hombre cuyas aventuras recuerdan a los héroes de leyenda.